

vista no matar». Otra novela hay (cap. X) cuya acción pasa en Valencia, y que pertenece al género trágico de Mateo Bandello, recordando algo su principio y su fin la de Diego de Centellas, que tiene el número 42 en la colección del ingenioso dominico lombardo. La descripción de la insula de la Vida y de los huertos, ejercicios y recreaciones de sus moradores (caps. XI y XII) es una curiosa pintura de la vida cortesana en Italia, enteramente anacrónica con el resto del libro. No lo es menos el reto y batalla campal de Clareo y el corsario Menelao. Y aunque Reinoso insiste mucho en que su obra no se confunda con «las vanidades de que tratan los libros de caballerías», y aguza su ingenio para explicar alegóricamente todas las acciones de sus personajes, es lo cierto que en cuanto abandona las pisadas de Aquiles Tacio, y aparece en escena el andante paladín Felisindos, su libro se convierte en uno más de caballerías, tan absurdo y desconcertado como cualquier otro, aunque mejor escrito que la mayor parte de ellos. No nos perderemos en el laberinto de esta última parte, que ningún interés ofrece, siendo conocidas tantas muestras de su género. Lo más curioso e inesperado es el final, que contiene una sátira nada benévola contra los conventos de monjas (1). Viéndose rechazada Isea de uno de ellos por su pobreza y oscuro linaje, determina recogerse en la insula Pastoril, donde escribe sus memorias, de las cuales promete una segunda parte.

Pocas noticias quedan del autor de este ingenioso libro, fuera de las que él mismo da en las poesías líricas que acompañan a su novela. Era natural de Guadalajara, como queda dicho, y parece haber pasado algunos años de su juventud en Ciudad Rodrigo, donde frecuentó el trato y amistad de Feliciano de Silva, a quien admiraba demasiado, pero cuyo estilo no imitó por fortuna suya. En una de las composiciones que escribió en Italia deplora en términos muy sentidos la ausencia de su amigo:

Y si con estos enojos  
Soledad (2) de España siento,  
Luego revientan los ojos  
Con las lágrimas, despojos  
Del cansado pensamiento

(1) «Y entrando, hallé a la abadesa muy bien adrezada y cercada de muchas monjas, muy bien vestidas, que todas estaban labrando con sus almohadillas de raso y sus guantes cortados; y esto con tanta reputación que las damas en los saraos no tienen más. Yo, viéndola así, hice mi cortesía, y en pocas palabras dije mi intención, y la abadesa me respondió que yo fuese bien venido; pero que cuanto a entrar en aquella casa, que era menester traer mil ducados de dote y ser de don y de buen linaje; porque todas aquellas señoras lo eran: que una se llamaba doña Elvira de Guzman, y otra doña Juana de Mompalau, y otra doña Teresa de Ayala, y otra doña Maria Manrique, y otra doña Marina Imperial, y otra doña Ambrosia de Chaves, y otra doña Isabel de Silva, y otra doña Antonia del Aguila, y otra doña Ana de Carvajal, linaje de mucho precio y valor. Y diciendo esto la abadesa, respondió una monja, y dijo: «Otras habra de tanto», y sobre esto repitió otra y otra; y vinieron cuasi a darse unas a otras de chapinazos; y yo viendo aquella quistion, y que no tenía dineros para entrar allí, ni menos se podía saber quién era, acordé de dejar a las monjas en sus quistiones y de partirme».

La sátira parece escrita contra un determinado convento, y los nombres de las monjas pueden ser reales. De una doña Ana Carvajal habla el mismo Reinoso en sus versos como de amiga suya:

Y despues con gloria igual,  
Con temor que llevo, digo:  
Ana de Carvajal,  
Mi enemiga capital  
Veré que riñe conmigo.

(2) Uno de los muchos pasajes en que *Soledad* está usada en el mismo sentido que la decantada *Saudade* portuguesa.

Que estoy en *Ciudad Rodrigo*  
Muchas veces finjo acá,  
Y conmigo mismo digo:  
«Este camino que sigo  
A los Alamos irá».  
Y digo: «contento, ufano  
Y alegre podré llegar  
A casa de *Feliciano*,  
A donde continuo gano  
Por tal ingenio tratar»...

De otros amigos y amigas tuyas de aquella ciudad y de Guadalajara trata en los versos que siguen, acordándose especialmente de doña Ana de Carvajal, de una doña Juana Ramírez y de su propia hermana doña Isabel de Reinoso. En una de sus dedicatorias habla de «cierta comedia» que había dirigido al duque del Infantado, y que había sido corregida y enmendada por el señor de Frexno de Torote, D. Juan Hurtado de Mendoza, buen caballero, buen regidor y procurador a Cortes, pero poeta infeliz, autor de *El buen placer trobado en trece discantes de cuarta rima castellana* (1550); libro que, como tantos otros, tiene su mayor mérito en la rareza. Reinoso se muestra agradecido a sus buenos oficios, no menos que a los del caballero italiano Juan Micas, a quien dedicó la historia de Clareo. Su vida parece haber sido aventurera y azarosa. De una epístola suya a Feliciano se infiere que comenzó la carrera de Leyes, probablemente en la Universidad de Salamanca, lo cual puede explicar sus estancias en la vecina Ciudad Rodrigo. Como tantos otros españoles pasó a Italia, pero su viaje debió de tener más de forzado que de voluntario, a juzgar por los versos en que habla de su destierro, que no parece metafórico:

Ha consentido mi hado  
Y mi suerte me condena  
A que viva desterrado  
Y que muera sepultado  
Sin placer en tierra ajena;  
A donde todo me daña,  
Dónde mi muerte se ve,  
Pues morando en tierra extraña,  
Con la memoria d' España  
Como viva yo no sé.

En Italia obtuvo fama de poeta, y uno de sus encomiadores fué el mismo Ludovico Dolce, de cuyos *Ragionamenti* tomó la idea de su novela, que el mismo Dolce celebró en un soneto inserto en los preliminares del libro. Los endecasílabos de Reinoso valen poco, y él mismo confiesa que muchas veces no tienen la acentuación debida, sino la que cuadraría al verso de doce sílabas o de arte mayor. En las coplas castellanas es fácil, tierno y afectuoso, pero su prosa es infinitamente mejor y más limada que sus versos. La *Historia de Clareo y Florisea* fué traducida inmediatamente al francés (1) y tiene el mérito de ser, si no nos equivocamos, la más antigua imitación de las

(1) De esta traducción de Jacques Vincent hemos hablado ya. En *O Panorama*, periódico literario de Lisboa, 1837, tomo I, pág. 164, se dió noticia de una *Historia de Isea*, novela caballerescas portuguesa, impresa en el siglo xv (?), que según se dice existió en la biblioteca del vizconde de Balsemano en Oporto, y se perdió en el sitio de aquella ciudad por los partidarios de D. Miguel. Si esta novela ha existido realmente, y era de la fecha



novelas griegas publicadas en Europa, puesto que la del seudo Atenágoras, que pasa por la más antigua, no apareció hasta 1599.

Más independiente de los modelos bizantinos, y más enlazada con la vida actual, se presenta la *Selva de aventuras* que el cronista Jerónimo de Contreras publicó antes de 1565, puesto que la edición de Barcelona de dicho año no parece ser la primera. Hay, por lo menos, seis posteriores a esa fecha (1) y una traducción francesa de Gabriel Chapuys (1580), que fué reimpresa varias veces (2). Todo esto prueba que la *Selva* se leyó bastante, y hoy mismo es de fácil y no desapacible lectura. El argumento es sencillo y bien combinado, en medio de la extremada pero no confusa variedad de episodios.

Un caballero sevillano llamado Luzmán, enamorado de la doncella Arbolea, a quien había conocido desde la infancia, la pretende en matrimonio; pero ella, resuelta a abrazar la vida monástica, le quita toda esperanza con muy corteses razones: «Nunca yo pudiera creer, Luzmán, que aquel verdadero amor trabado y encendido desde nuestra juventud, pudiera ser por ti en ningún tiempo manchado, ni derribado de la cumbre donde yo por más contentamiento suyo y mío le había puesto. Pesame que de casto y puro amor le has vuelto comun deseo y apetito sensual, siendo primero contemplación y recreación del ánima... No dejo de conocer que lo que pides, y como hombre deseas, que es bueno; mas si hay otro mejor, no se debe de dejar lo más por lo menos. Quiero decir que yo te he amado por pensamiento, que en mí no se efectuase otro amor más que aquel que sola nuestra amistad pedía; porque yo siempre estuve determinada de nunca me casar, y así he dado mi limpieza a Dios y toda mi voluntad, poniendo aquí el verdadero amor, que jamás cansa ni tiene fin».

El desconsolado amante busca alivio en la ausencia, y parte para Italia en hábito de peregrino. La narración de este viaje y de las extrañas cosas que en él vió Luzmán es el principal asunto de los siete libros cortos en que la *Selva* se divide. Siguiendo el holgado modo de novelar que ya vimos indicado en el *Libro Félix* de Raimundo Lulio y que adoptaron los autores de novelas picarescas, cada uno de los personajes que el protagonista va encontrando le refiere su historia y le pide o le da consejo. Entre estas his-

que se supone, tenía que ser independiente de *Clareo y Florissa*, cuya fuente principal fué un libro italiano no impreso hasta 1546. Pero acaso haya equivocación en la noticia y se trate sólo de un ejemplar de la obra de Reinoso.

(1) *Selva de Aventuras, compuesta por Hieronimo de Contreras, cronista de S. M. Va repartida en siete libros, los cuales tratan de unos extremados amores que un caballero de Sevilla, llamado Luzmán, tuvo con una hermosa doncella llamada Arbolea, y las grandes cosas que le sucedieron en diez años que anduvo pelegrinando por el mundo, y el fin que tuvieron sus amores. En Barcelona, en casa de Claudes Bornat, al Aguila Fuerte. 1565. Con privilegio por diez años. 8.º.*

—Sevilla, por Alonso Escribano, 1572.

—Sevilla, por Alonso Escribano, 1578.

—León de Francia, 1580.

—Alcalá de Henares, 1588. Con notables adiciones y cambiando el desenlace. Contiene nueve libros.

—Bruselas, por Juan Mommarte, 1591.

A pesar de lo que dice Salvá, es indudable que hay ejemplares de esta edición con la fecha de 1592; el mío es uno de ellos. Tampoco es imposible, ni siquiera raro en aquellos tiempos, que un mismo impresor hiciese en el espacio de dos años dos tiradas de un libro de entretenimiento y de poco volumen.

—Murcia, por Diego de la Torre, 1603. «Va repartida en nueve libros y añadida por el autor»

—Cuenca, por Salvador Viader, 1615.

(2) *Etranges aventures contenant l'histoire d'un chevalier de Seville dit Luzman a l'endroit d'une belle demoiselle appelée Arbolea, trad. de l'espagnol par Gabr. Chapuys. Lyon, Rigaud, 1580.* Reimpreso con el título de *Histoire des amours extrêmes d'un chevalier...* (París, 1587) y con el de *Aventures Amoureuses...* (París, 1598).

torias hay algunas muy interesantes y románticas, como la del caballero aragonés Erediano (¿Heredia?) y Porcia, sobrina del duque de Ferrara: dos amantes que hicieron vida solitaria y murieron en el desierto; la del penado Salucio, que parece prototipo de Cardenio; la del marqués Octavio de Mantua. Hay tipos ingeniosamente trazados, como el pobre Oristes, el rico y avaro Argestes, el espléndido y hospitalario Virtelio: episodios de novela pastoril, disputas de casuística amorosa, tres églogas representables, una de las cuales, la de Ardenio y Floreo, el pastor amoroso y el desamorado, recuerda la disputa de Lenio y Tirsi en la *Galatea* de Cervantes; una representación escénica del Amor Humano y el Amor Divino, y otra que se supone hecha en la plaza de San Marcos de Venecia, y gran cantidad de versos líricos de todas medidas, escritos con elegancia, y rica vena. En el curso de su peregrinación, el héroe visita la cueva y oráculo de la Sibila Cuma (*la sabia Cuma*), y encuentra reinando en Nápoles al magnánimo Alfonso V de Aragón. Volviendo a España, cae en poder de unos corsarios que le llevan cautivo a Argel (lugar común de tantas novelas y comedias posteriores); logra rescatarse, y al llegar a Sevilla encuentra que su amada Arbolea había tomado el velo. Hay rasgos muy delicados en la última entrevista de los dos amantes.

«Y luego esa tarde se fue Luzmán al monasterio donde estaba su señora, y preguntó por ella: a Arbolea le fue dicho cómo un pelegriño le buscaba; ella, no sabiendo quien fuese, se paró a una reja, y aunque vio a Luzmán, no le conoció; mas él, cuando vido a ella, conocióla muy bien; y sin poder detener las lágrimas, comenzó a llorar con gran angustia. Arbolea, muy maravillada, no pudiendo pensar que fuese la causa porque aquel pobre así llorase ante ella, le preguntó diciendo: «¿Qué sientes, hermano mío, o qué has menester de esta casa? ¿Adónde me conoces, que has llamado a mí más que a otras destas religiosas?» Luzmán, esforzando su corazón, y volviendo más sobre sí, respondió a Arbolea, diciendo: «No me maravillo yo, señora Arbolea, que al presente tú no me conozcas, viendome tan mudado del que solía ser con los grandes trabajos que por tu causa he pasado: ves aquí, señora, el tu Luzmán, a quien despreciaste y tuviste en poco sus servicios, no conociendo ni queriendo conocer el verdadero amor que te tuvo, a cuya causa ha llegado al punto de la muerte, la cual de más cortés que piadosa ha usado con él de piedad; y esto ha sido porque volviese a tu presencia; pues agora venga la muerte, que contenta partirá esta afligida ánima, guardando el cuerpo en su propia naturaleza»; y diciendo esto, calló vertiendo muchas lágrimas.

«Arbolea, que entendió las palabras de Luzmán y le conoció, que hasta entonces no había podido conocerlo, porque vio sus barbas muy largas, sus cabellos muy cumplidos y ropas muy pobres, aquel que era la gentileza y hermosura que en su tiempo había en aquella ciudad, lleno de gracias, vistiéndose tan costosamente que ningún caballero le igualaba; pues, vuelta en sí, aunque con gran turbación, alegróse en ver aquel a quien tanto había amado, que por muerto tenía, y respondióle diciendo así: «No puedo negar ni encubrir, mi verdadero hermano y señor, la gran tristeza que siento en verte de la manera que te veo; mas por otra parte, muy alegre doy gracias a Dios que con mis ojos te tornase a ver, porque cierto muchas veces he llorado tu muerte, creyendo que ya muerto eras; y pues eres discreto y de tan principal sangre, yo te ruego me perdones, si de mí alguna saña tienes, y te conformes con la voluntad de aquel por quien todas las cosas son ordenadas; que yo te juro por la fe que a Dios debo, que no fue más en mi mano, ni pude dejar el camino que tomé, que ya sabes que no se menea la hoja del árbol sin Dios, cuanto más el hombre con quien él tanta cuenta tiene. Yo te ruego, desecha tu tristeza, alegres a tus padres y tomes mujer, pues por tu valor la hallarás como la quisieres, y de



mí haz cuenta que fui tu hermana, como lo soy y seré mientras viviere». Decía estas palabras la hermosa Arbolea con piadosas lagrimas, a las cuales respondió Luzman: «Al tiempo que tú, señora, me despediste cuando más confiado estaba, entonces desterré todo el contentamiento, y propuse en mí de no parecer más ante tus ojos, y nunca ante ellos volviera, sino que entendí que estabas casada, lo cual jamás pude creer, mas por certificarme, quise venir ante tu presencia; y pues ya no tienen remedio mis lagrimas ni mis suspiros, ni mis vanos deseos, quierome conformar con tu voluntad, pues nunca della me aparté; y en lo que me mandas que yo me case, no me tengas por tal que aquel verdadero amor que tuve y tengo pueda yo ponerlo en otra parte: tuyo he sido y tuyo soy, y así quiero seguir lo que tú escogiste, casandome con la contemplación de mi cuidado, que no plega a Dios que otra ninguna sea señora de mi corazón sino tú que lo fuiste desde mi juventud».

Para cumplir su propósito, Luzmán se despide de sus padres, construye una ermita cerca del monasterio de Arbolea y hace allí vida penitente el resto de sus días. Bello y romántico final, que recuerda la balada de Schiller *El caballero de Togenburg* o la imitación que de ella hizo nuestro Piferrer en su *Ermitaño de Monserrat*.

La originalidad de la *Selva de aventuras* parece incontestable. De las novelas anteriores, sólo la de *Peregrino y Ginebra* tiene alguna remota analogía de plan, pero hay mucha distancia del espíritu liviano de aquella narración a la intachable pureza moral de ésta. Todo en ella respira gravedad y decoro, y a la verdad, no se explica que el Santo Oficio, tan indulgente o indiferente con este género de literatura, hiciese la rara excepción de llevar *Luzmán y Arbolea* al *Índice expurgatorio*.

Poco sabemos de la vida de Jerónimo de Contreras, que se titula el capitán en el frontispicio de algunos de sus libros. Consta por declaración propia que en 1560 obtuvo de Felipe II la merced de un *entretenimiento* en el reino de Nápoles y que todavía permanecía allí diez años después cuando puso término a su *Vergel de varios triunfos*, que luego se imprimió con el título de *Dechado de varios sujetos* (1572), especie de alegoría moral en forma de sueño, entremezclada con elogios en prosa y verso de reyes y varones ilustres españoles antiguos y modernos (1). «Contreras es escritor fácil, rico y castizo (dice Gallardo hablando de esta obra); sus versos parece que se le caían de la pluma, especialmente el que llamamos por excelencia verso castellano, las redondillas». A pesar de su título de cronista, no conocemos obras históricas de él, y no son flojos, aunque sin duda voluntarios, los anacronismos en que incurre en su novela, bien que en su tiempo nadie reparaba en esto.

Así como el *Clareo y Florisea* es el germen del *Persiles*, así la *Selva de aventuras*, con sus cuadros de viajes, con sus intermedios dramáticos y líricos, nos parece el antecedente más inmediato de *El Peregrino en su patria* de Lope de Vega y de otras misceláneas novelescas semejantes a ésta.

(1) *Dechado de varios sujetos*, compuesto por el Capitán Hierónimo de Contreras, Cronista de S. M... En Zaragoza, en casa de la viuda de Bartolome de Najera, año de 1572. 8.º.

El primitivo original de este libro, con el título de *Vergel de varios triunfos*, existe en la Biblioteca del Escorial, y es sin duda el mismo que el autor presentó a Felipe II (vid. Gallardo, *Ensayo*, tomo II, núm. 1.886). En el prólogo dice: «Acordandome que en el año de sesenta, en Toledo, despidiendome de V. M. para ir a gozar del *entretenimiento* que en el reino de Nápoles me hizo merced, dije que haría alguna cosa en la cual mostrase una pequeña parte del valor de España... y así he cumplido mi palabra componiendo este tratado». Le acabó a 30 de agosto de 1570.

## VII

NOVELA HISTÓRICA: «CRÓNICA DEL REY DON RODRIGO», DE PEDRO DEL CORRAL.—LIBROS DE CABALLERÍAS CON FONDO HISTÓRICO.—NOVELA HISTÓRICO-POLÍTICA: EL «MARCO AURELIO», DE FR. ANTONIO DE GUEVARA.—NOVELA HISTÓRICA DE ASUNTO MORISCO: «EL ABENCERRAJE», DE ANTONIO DE VILLEGAS.—«LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA», DE GINÉS PÉREZ DE HITA.—LIBROS DE GEOGRAFÍA FABULOSA.—VIAJE DEL INFANTE DON PEDRO.

La primitiva novela histórica española es una rama desgajada de las crónicas nacionales, e injertas en el tronco de la literatura caballeresca. Quien escudriñe sus orígenes no los encontrará anteriores a las *prosificaciones* que la *Crónica general* nos ofrece de las leyendas de Bernardo, de Fernán González y sus sucesores los Condes de Castilla, de los Infantes de Lara y del Cid, sin contar con la de Mainete, que es de asunto forastero. Pero todas estas narraciones, que primitivamente fueron cantadas y que conservan todavía rastros de versificación, pertenecen a la poesía épica en cuanto a su fondo y son una mera versión de ella. Su estudio debe reservarse, pues, para el tratado de los *cantares de gesta* en que se apoyaron, y de los *romances viejos* que de la prosa histórica, más que de los cantares mismos, nacieron. Esta materia, que en otro libro procuraremos ilustrar, sale de los límites del tratado de la novela, la cual sólo empieza cuando un elemento puramente fabuloso y de invención personal se incorpora en la antigua tradición épico-histórica.

Tal género de transformación de la poesía heroica en prosa novelesca sólo se verificó en uno de nuestros ciclos épicos, el que nuestros mayores llamaban de *la pérdida de España*. Por los años de 1403 (1), «un liviano y presencioso hombre llamado Pedro del Corral hizo una que llamó *Cronica Sarracena*, que más propiamente se puede llamar trufa o mentira paladina». Son palabras de Fernán Pérez de Guzmán en el prólogo de sus *Generaciones y Semblanzas*, y es el único que nos revela el nombre del autor no consignado en ninguno de los códices ni ediciones de su obra (2). Es en efecto,

(1) La fecha de la *Crónica* puede determinarse con exactitud cabal, puesto que el último de los reyes que menciona es D. Enrique III, que subió al trono en 1390 y murió en 1407; además, en la *Crónica* se habla, como de persona viva, del almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, que falleció en julio de 1404.

(2) D. Aureliano Fernández Guerra, que hizo un detallado estudio de la *Crónica de Don Rodrigo* en el precioso libro que lleva por título *Caída y ruina del imperio visigótico español* (Madrid, 1883), tuvo presentes tres antiguos manuscritos de El Escorial, que ofrecen grandes variantes respecto del impreso. Dos de ellos contienen sólo la *Parte segunda*. Otro, voluminosísimo, que abraza las dos partes, aunque no completa la segunda, lleva al fin de la primera una nota en que se especifica que J. de Hugo la acabó de trasladar a 17 de junio de 1485.

El de la Biblioteca Nacional (F. 89) lleva este epígrafe: «Este libro es la ystoria del rrey don Rodrigo con la genealogia de los rreyes godos et de su comienzo, de dónde vinieron et assy mesmo desde el comienzo de la primera poblacion d'España, segunt lo cuenta el arzobispo don Rodrigo desde la edificacion de la torre de Babilonia fasta dar en la Cronica del rrey don Rodrigo. Et aqui se cuentan en el principio parte de los trabajos de Ercoles et de como veno en España».

La edición que tengo y sigo es la de Sevilla, 1527. Anteriores a ésta hay las de 1511 y 1522, también sevillanas; y posteriores las de Valladolid, 1527; Toledo, 1549; Alcalá de Henares, 1587; Sevilla, del mismo año, y seguramente otras, porque fué uno de los libros más leídos de su género. No me detengo en esta bibliografía porque ya la incluyeron Gayangos y Salvá en la de los libros de caballerías.

En un tratado moral de autor anónimo, llamado *Confecio Catoniana* (ms. 9.208 de la Biblio-